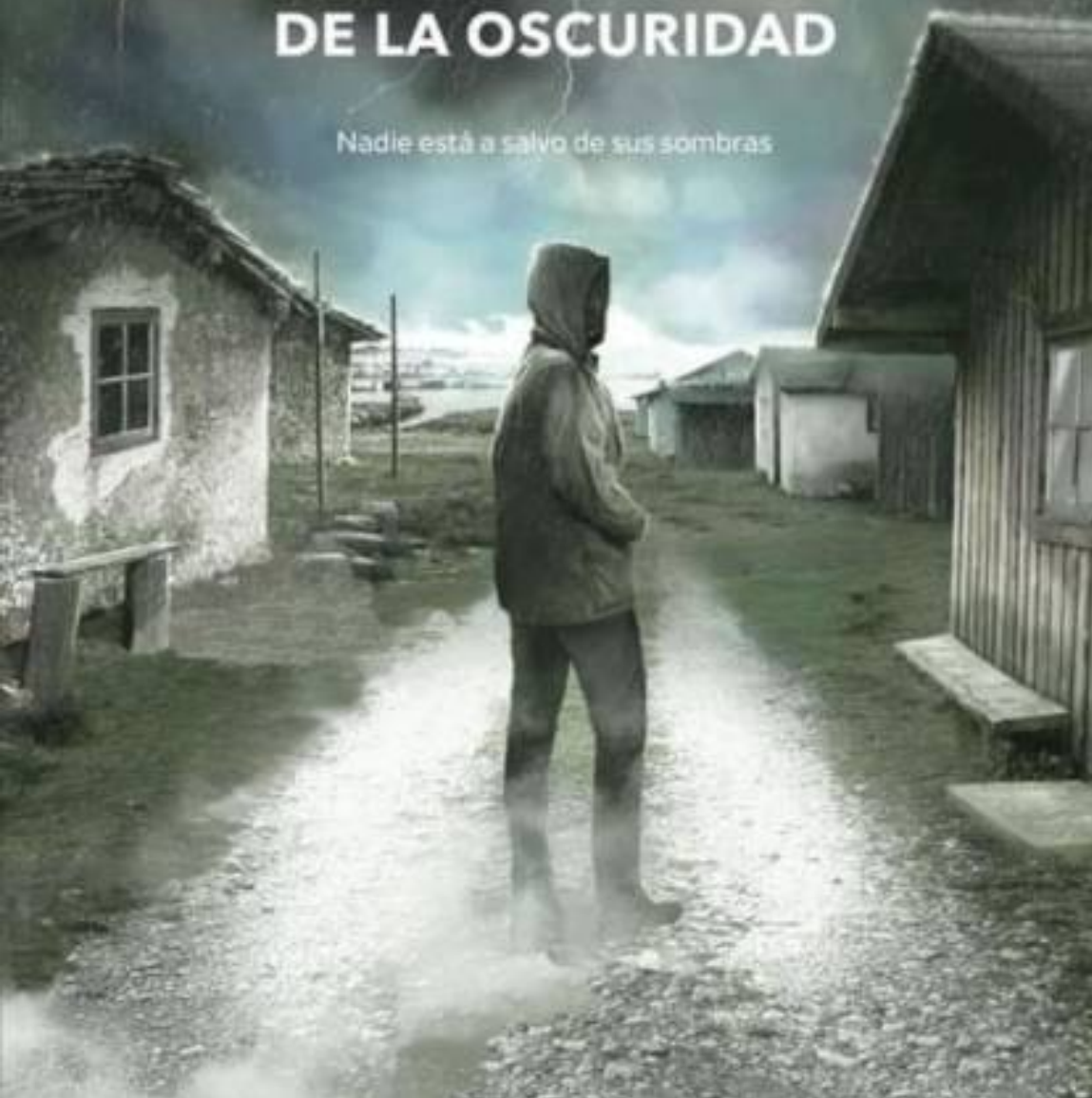


MARI JUNGSTEDT

LOS SENDEROS
DE LA OSCURIDAD

Nadie está a salvo de sus sombras



Está a punto de empezar uno de los eventos más populares, la celebración de la Gotland Runt, la regata de vela en alta mar que parte desde Estocolmo y tiene como destino Gotland. Una de las embarcaciones se ve obligada a refugiarse en la bahía de Bandlund debido al mal tiempo, pero en lugar de calma, la tripulación encuentra en la orilla a un hombre muerto, amordazado y con el cráneo fracturado.

El inspector Anders Knutas y la subinspectora Karin Jacobsson, a pesar de tener temas sin resolver en su relación sentimental, se ven obligados a trabajar juntos para averiguar las circunstancias de esta muerte violenta. Y descubrirán que en todas las vidas existen recovecos que pueden albergar oscuridad.

Para mi abuela Lisa, Elisabeth Sköldborg, que adoraba la novela negra y las historias de misterio, que se reía a carcajadas, que disfrutaba contando historias sobre viajes a tierras extrañas, que me consolaba con uvas pasas y viajes en tren cuando, de pequeña, lloraba porque echaba de menos a mi madre, que resplandecía de orgullo cuando yo, a los dieciocho años, trabajaba de guía turística en Kungsholmen a bordo del vapor Sjöfröken, que me transmitió el fuego de la alegría que llevo dentro.

SUECIA



GOTLAND



Abril de 2001

Una oscuridad densa y compacta rodeaba la solitaria granja del municipio de Boge, al norte de la isla de Gotland. Los vientos de abril soplaban tan fuerte que las ramas más cercanas al cobertizo aporreaban el tejado con rebeldía. Era como si quisieran llamar la atención. Como un presentimiento.

Nadie se percató de la presencia de una figura que se acercaba por el sendero sin curvas que subía hasta la casa, el único que llevaba hasta allí y que no conducía a ningún otro lugar. Detrás del jardín se extendía un huerto y, un poco más allá, el bosque solo, denso y oscuro.

Sofía estaba de pie en un rincón, temblando presa de la angustia y jadeando con la mirada extraviada. Sven Persson comprendió que había llegado el momento. Los primeros signos habían aparecido unas horas antes: se había puesto irritable e inquieta, se tumbaba y se levantaba a cada instante; replegaba hacia atrás las orejas y sacaba la mandíbula inferior; no quería comer y perdía orina en grandes cantidades. De pronto empezó a arquear el lomo y a hundir la espalda, le lanzó una mirada furiosa, como si él fuera el culpable del dolor que sentía.

En el aprisco había paja limpia e iluminación suficiente. Y las lámparas de infrarrojos estaban encendidas.

El viento silbaba al otro lado de las ventanas, cuyos cristales temblaban con un tintineo preocupante. Estaba cansado, le escocían los ojos y tenía los hombros doloridos. El parto era una época de intenso tra-

bajo en el proceso de la cría. Y no porque les quedaran ya muchas ovejas, solo tenían veinte; y los corderos, claro. Sabía perfectamente que deberían haber vendido los animales hacía mucho, tanto él como su mujer eran ya mayores, pero no se sentía capaz. Desde que le alcanzaba la memoria, se había ganado el pan con la cría del cordero. Adoraba a aquellos animales, la sensibilidad y la confianza que demostraban, y la capacidad que tenían de socializar. De hecho, conocía a todas las ovejas como si fueran viejos amigos.

Se sentó en cuclillas, le acarició el cuello a Sofia para tranquilizarla y continuó deslizando la mano por el lomo. La bolsa amniótica colgaba por fuera y era obvio que el animal sufría dolores cada par de minutos. Sin embargo, no parecía que ocurriera nada. Sven podía sentir allí dentro el cuerpo del cordero, que parecía encontrarse en la misma posición que durante las últimas horas. Si no se producía ningún cambio en breve, se vería obligado a pedir ayuda. Su vecino más próximo estaba dispuesto a intervenir si era preciso. Ahora no podía contar con Asta, su mujer, pues tenía fiebre y no salía de casa. Seguramente estaría acurrucada con una manta viendo las noticias, esperando a que él llegara para tomarse el té de la tarde.

Sven suspiró, volvió a mirar preocupado a la oveja, se incorporó y se encaminó a la entrada. Llamaría al vecino y, de paso, aprovecharía para fumarse una pipa. El viento casi lo derribó al suelo cuando abrió el portón, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. La granja estaba sumida en la oscuridad, la luz de la casa alumbraba a duras penas la explanada de grava. Una fina capa de nieve cubría aún el suelo. La lámpara que colgaba sobre la puerta del aprisco estaba rota, tenía que arreglarla.

Sacó la pipa del bolsillo y se quedó de piedra. Le pareció oír algo en el interior de la casa. Como gritos en el viento. Un largo aullido que se sumaba al silbo del aire al doblar la esquina. Notó una punzada de

preocupación en el estómago. Presa de la incertidumbre, trató de aguzar al máximo los sentidos. Se habría confundido. Con toda probabilidad, sería el viento, que le había jugado una mala pasada. Prestó atención con actitud expectante.

—¡Hola! —gritó inseguro en la oscuridad—. ¿Hola?

No hubo respuesta. Su voz se perdió con las ráfagas de viento. Sacó del bolsillo la caja de cerillas y trató de encender una, pero se le apagó en el acto. Tenía los dedos helados y rígidos. Justo cuando estaba a punto de intentarlo de nuevo, se le ocurrió mirar hacia la puerta de entrada de la casa. Vio cómo se abría despacio desde el interior. ¿Habría ocurrido algo, después de todo?

Se le cortó la respiración. Se quedó inmóvil mientras los pensamientos le cruzaban volando la cabeza como aves salvajes. Una mano enguantada, un brazo oscuro, una silueta que no reconocía... Un instante de desconcierto antes de comprender.

Quien salió por la puerta no era Asta.

Al final se quedó en el local más de lo que pensaba. El restaurante Gute se encontraba en el pueblecito de Fide, casi en el extremo de Sudret, al sur de Gotland. Estuvo con algunos de los empleados tomando vino hasta muy tarde. Varios amigos de Veronica, una de las camareras, habían ido desde la ciudad de Visby. Aunque era consciente de que debería haber vuelto a casa con Evelina hacía mucho rato, Tobias sacó más vino y algo de comer. Después de todo, habían viajado hasta allí desde la capital, así que sentía la obligación de mostrar un poco de hospitalidad. Y eso a él se le daba de maravilla. Llevaba unos años al frente del negocio de sus padres, que en Gotland era prácticamente un lugar de culto desde hacía mucho. La popularidad del local tal vez se debiera a la fama de su padre, el artista local Gunnar Ström, cuyas pinturas eran muy apreciadas no solo en Gotland, sino en todo el país. Los motivos de sus cuadros eran típicos de la isla: las columnas de piedra caliza, las playas de guijarros, los campos de amapolas en flor, los rebaños de ovejas, los arenques de la isla Stora Karlsö y las casas de piedra en la linde del bosque. Los paisajes de Gotland pintados por Gunnar Ström se vendían como rosquillas y parecían despertar un interés inagotable.

Al estar el restaurante tan vinculado al nombre de su padre, Tobias había dudado cuando él y su madre le preguntaron si no quería quedarse con el negocio. Él ya estaba mayor y quería dedicar más tiempo a su obra artística. Tenía el *atelier* en casa, no muy lejos del local, y también vendía allí sus cuadros. En cambio, a Evelina, la mujer de Tobias, sí le agradó la idea, así que decidieron probar. Y las cosas fueron mejor de lo esperado. La buena fama del

lugar y lo acogedor que resultaba invitaba a los turistas a peregrinar allí en verano, exactamente igual que siempre.

Recogió las últimas copas y echó una ojeada al reloj de la pared. Las tres y cuarto. «Madre mía, qué mal». Esperaba que Evelina estuviera dormida y no se diera cuenta de lo tarde que llegaba. Apagó las luces y cerró con llave la puerta del restaurante. Todos estaban bastante bebidos, y él también notó que le fallaban un poco las piernas cuando se despidió al darle las buenas noches al grupo, que ya se disgregaba.

Tobias cruzó el aparcamiento cubierto de césped que había delante del restaurante y dejó atrás el prado de ovejas, que balaban quejas cuando pasó por delante.

Echó a andar paseando por la carretera, su casa estaba a menos de un kilómetro de allí. Al callar las ovejas solo se oía el ulular de una lechuza a lo lejos.

Unos velos blancos de bruma ascendían despacio, como sigilosos, sobre los jardines cercados de muretes de piedra y los campos que se extendían a ambos lados de la carretera, a cuyas orillas crecían achicoria, campanillas, margaritas y amapolas. En esa época del año nunca estaba oscuro por la noche, el esplendoroso verdor estival quedaba envuelto en una suave luz apagada.

De pronto, Tobias se dio cuenta de que detrás de él se aproximaba un coche que avanzaba muy despacio. Se apartó en el arcén y se volvió a medias. Era raro que la gente saliera con el coche a esas horas. El vehículo pasó de largo. Era un Volvo de color azul. Tobias atinó a distinguir al conductor, que iba solo. En lugar de acelerar después de haberlo sobrepasado, el coche redujo la velocidad. «Ajá, querrá preguntar algo –pensó Tobias—. Quizá un turista que se ha extraviado en la oscuridad». Apremió el paso y se acercó al lado del conductor. La ventanilla bajó despacio.

Tobias se agachó un poco para preguntarle si necesitaba ayuda.

Tan solo faltaban unas horas para que comenzara la Gotland Runt, una de las mayores y más antiguas regatas del mundo. Doscientos cincuenta veleros relucientes de trece nacionalidades distintas flotaban amarrados en los muelles provistos para la ocasión en el centro de Estocolmo. La expectación colmaba el aire cuando los estoccolmenses, con náuticos y cazadora, acudían en tropel llenos de entusiasmo por el puente de Skeppsholmsbron para ver cómo partían las embarcaciones. El sol asomaba de vez en cuando entre las nubes y arrancaba destellos a los cascos relucientes.

Precisamente en ese momento, en las horas previas al pistoletazo de salida, las tripulaciones estaban ocupadas con los últimos preparativos y respondían a las preguntas de los periodistas. Un puñado de reporteros se había reunido en el embarcadero para captar el ambiente y el nervio de los participantes. Varias cadenas de televisión y radio se habían desplazado hasta allí. La Gotland Runt, o ÅF Offshore Race, como se llamaba en la actualidad, era una de las principales atracciones del verano, al menos para quienes estaban más o menos interesados en la navegación a vela. Desde que la empresa Ångpanneföreningen, el principal patrocinador, se había implicado en la competición unos años atrás, la salida se celebraba en Skeppsholmen, en el centro de Estocolmo, en lugar de en Sandhamn, una isla más apartada del archipiélago. Y el cambio resultó ser un éxito inesperado. El número de visitantes se había cuadruplicado, y la atención mediática también resultó mucho mayor para satisfacción del organizador, KSSS, el Real Club Náutico de Suecia, fundado en 1830.

El capitán Joel Kjellman contempló aquel hormiguero de gente. Era propietario de uno de los barcos que partían como favoritos, el *Mother of Dragons*, y se sentía orgulloso de poder transmitir esa herencia. Su familia llevaba generaciones en la navegación a vela. Y allí se encontraba él ahora, ante su vigésima participación en la Götland Runt, embargado de tanta expectación como nerviosismo. La embarcación estaba en perfectas condiciones, le encantaba navegar con tan espléndido ejemplar y sabía exactamente cómo se comportaba según las circunstancias. A pesar de que no hacía tanto tiempo que tenía el barco, ya se habían hecho el uno al otro. Lo había bautizado inspirándose en su personaje favorito de la serie de televisión *Juego de tronos*, esa belleza rubia que era la madre de dragones.

Joel Kjellman vivía solo en un piso de tres habitaciones de la calle Skeppargatan, en el barrio de Östermalm. Solo y sin hijos. A pesar de que pronto cumpliría los cuarenta, nunca había convivido con nadie ni había tenido una pareja más o menos duradera. Su único gran amor era, por ahora, el barco.

Había realizado el último control de seguridad. Revisó con minuciosidad las seis velas a bordo, las escotas, los grilletes y el mástil, con sus estayes y sus fijaciones; los programas y las cartas de navegación, y había procurado que las pertenencias de la tripulación se encontraran bien ordenadas. Había dedicado muchas horas a calcular cuánta comida y cuánta agua necesitarían, según el tiempo de navegación. Cualquier exceso de peso ralentizaría la velocidad.

Serían siete personas a bordo, seis hombres y una mujer. Una distribución bastante típica para ese tipo de competiciones, donde solo algo más del diez por ciento eran mujeres. Joel conocía a casi todos los tripulantes, habían navegado juntos en muchas ocasiones y sabía bien cómo eran. A la mujer y a su amigo, en cambio, los conocía des-

de hacía muy poco. Cierto que traían una buena tarjeta de visita, pero era la primera vez que participaban en la Gotland Runt. La presencia de nuevos tripulantes en el barco siempre implicaba un factor de riesgo. Había quienes se mareaban y se pasaban horas vomitando, de modo que no eran de gran ayuda, y había quienes caían presa del pánico o de la apatía en cuanto se presentaba una situación de riesgo. Era imposible saber de antemano con certeza cómo afrontaría la gente los momentos complicados en alta mar. Y esos momentos siempre se producían. La Gotland Runt era una competición muy exigente. En cuanto las embarcaciones salían de la parte del archipiélago más próxima a Estocolmo, bordeaban el faro de Almagrundet y salían a mar abierto, podía ocurrir cualquier cosa. Podían soplar vientos tan fuertes con los que el barco podía escorar hasta casi volcar, se rompían las escotas, podían producirse colisiones... No, la Gotland Runt no era una competición para cobardes, eso estaba clarísimo.

Joel Kjellman se pasó la mano por la coronilla y recorrió con la mirada los muelles de Skeppsholmen. A su alrededor se veían largas hileras de veleros muy juntos, uno tras otro. Un bosque de mástiles ocultaba la vista de las fachadas medievales del casco antiguo de Gamla stan y las casas de Södermalm sobre la colina en la otra orilla. Banderas y gallardetes aleteaban al viento por doquier. Los muelles que rodeaban la isla estaban llenos de gente, la mayoría hombres vestidos con polos, gorras de visera y pantalón corto, que querían admirar de cerca los barcos y tal vez intercambiar unas palabras con la tripulación antes de que llegara el momento de partir. Se veían grupos de visitantes con ropa deportiva sentados a las mesas disfrutando de una cerveza bajo la vacilante luz del sol. En el gran escenario, la banda ya preparaba los aparejos para la actuación del día. Se avecinaba una borrasca, aunque por el momento reinaba la calma.

En el horizonte, sin embargo, se arremolinaban las nubes presagiando tormenta.

El comisario Anders Knutas se encontraba prácticamente solo en la piscina cubierta, salvo por una señora mayor con gorro de baño estampado que nadaba por la calle contigua con tal lentitud que apenas avanzaba. Pocos tenían la ocurrencia de ir a una piscina cubierta la tarde de un domingo de julio, a pesar de que el cielo estuviera encapotado y gris. Tanto mejor, pues él solo disfrutaba nadando si apenas había gente. Knutas llevaba ya veinticuatro largos y entrenaba la modalidad de braza, a un ritmo regular y con movimientos amplios.

En general pensaba que nadando se le aclaraban las ideas, pero ese día no lograba ordenarlas del todo. Y la misma falta de orden reinaba en su vida amorosa. Su colega y con el tiempo su pareja, Karin Jacobsson, le había confesado hacía unas semanas que quería estar sola un tiempo. Sola. Resultaba de lo más deprimente y triste. Desde luego, él no tenía ninguna gana de estar solo.

Era consciente de que Karin había pasado una época difícil cuando él estuvo dudando de la relación. La aparición repentina de su exmujer y su renovado interés por él lo desconcertaron. Y claro que aún albergaba hondos sentimientos por Line, que había sido su gran amor y que era la madre de sus hijos, pero fue ella quien había querido separarse. Él se tomó fatal el hecho de que Line decidiera dejarlo y volver a Dinamarca. Era algo que no podría olvidar tan fácilmente, como ella parecía creer cuando se presentó en Visby y le dijo que aún estaba enamorada de él. Fue una tontería, pero acabaron en la cama y, además, él se lo había ocultado a Karin. Poco después, cuando su colega estuvo a punto de perder la vida al enfrentarse a un asesino que había burlado a la policía, Knutas comprendió